

POR JUAN PABLO CHAMON SAUCEDO

EVO MORALES, VEINTE AÑOS DESPUÉS



Cuando Evo Morales llegó al poder en Bolivia en 2006, el acontecimiento fue leído internacionalmente como un episodio menor dentro del giro progresista latinoamericano. No despertó alarmas estratégicas ni mayores objeciones políticas. Al contrario, fue presentado como un triunfo democrático: un líder indígena, electo por amplia mayoría, que prometía inclusión social y estabilidad. En el clima internacional de la época, Bolivia parecía un caso irrelevante, casi benigno.

Esa percepción fue un error de diagnóstico.

Veinte años después, Bolivia aparece como uno de los primeros países donde se consolidó un modelo de poder iliberal con origen democrático, articulado regionalmente y sostenido por una estrategia política de largo plazo. No fue un accidente ni una deriva inesperada. Fue un proceso organizado, paciente y eficaz, que combinó conflicto social, legitimidad electoral y alineamiento geopolítico.

2003: EL ENSAYO GENERAL

Los acontecimientos de 2003 marcaron el punto de inflexión. La llamada «Guerra del Gas» suele explicarse como una reacción popular frente a una política pública concreta. Sin embargo, el dato decisivo es otro: el conflicto se activó a partir de un rumor, no de un proyecto real. La consigna «gas por Chile» movilizó al país pese a que nunca existió un plan formal, aprobado ni viable para exportar gas boliviano por puertos chilenos.

Esto no resta gravedad al conflicto; lo redefine. El estallido no giró en torno a una decisión estatal, sino alrededor de una narrativa diseñada para deslegitimar al Estado en su conjunto. La protesta no buscó correcciones, sino la caída del gobierno. La violencia, los bloqueos y la parálisis institucional no fueron desviaciones, sino instrumentos. La renuncia de Gonzalo Sánchez de Lozada fue la confirmación de que la presión extra-institucional podía reemplazar a la política.

Bolivia ensayó entonces una fórmula que más tarde se repetiría en otros países: convertir el conflicto en método.

EL SISTEMA QUE DEJÓ DE DEFENDERSE

El colapso no puede explicarse solo por la movilización social. El régimen político boliviano surgido tras la transición democrática había asegurado estabilidad durante casi dos décadas, pero lo hizo a costa de cerrarse, no renovarse y perder capacidad de representación real. Los partidos dejaron de producir liderazgo. Los intermediarios sociales se transformaron en amplificadores del conflicto. La crítica permanente al sistema no fue acompañada por ningún esfuerzo serio por sostenerlo o reformarlo desde dentro.

Cuando llegó la crisis, nadie defendió el orden existente. No porque fuera perfecto, sino porque había dejado de ser creíble incluso para quienes se beneficiaban de él. El vacío de poder no fue llenado por una alternativa institucional, sino por una promesa de ruptura.

MORALES Y LA ORGANIZACIÓN DEL PODER

Aquí aparece el elemento central que suele omitirse en las lecturas complacientes: la llegada de Evo Morales al poder fue el resultado de una estrategia política deliberada, no la consecuencia espontánea del malestar social. El Movimiento al Socialismo supo algo que el sistema ignoró: que la crisis no debía resolverse, sino ordenarse políticamente.

Desde el inicio, Morales no se presentó como un gestor ni como un reformista, sino como el líder de una refundación. La elección de 2005 no cerró el conflicto abierto en 2003; lo convirtió en régimen. La Asamblea Constituyente, la reescritura constitucional y la concentración progresiva de poder no fueron excesos posteriores, sino pasos coherentes dentro de un proyecto que entendía la democracia como vía de acceso, no como límite.

Este patrón encaja con precisión en el marco desarrollado por el profesor Max Manwaring, quien analizó cómo los conflictos contemporáneos más exitosos no buscan derrocar al Estado por la fuerza, sino vaciarlo desde dentro, erosionar su legitimidad y sustituir sus reglas sin abolir formalmente la democracia. En estos procesos, la movilización social, la narrativa moral y la legalidad electoral actúan de manera complementaria. Bolivia fue un caso temprano —y exitoso— de esta lógica.

DE LA PAZ A LA HABANA Y CARACAS

Durante años, Evo Morales fue percibido como una figura local, casi folclórica, sin mayor peso geopolítico. Esa percepción cambió tarde. Su alineamiento con Cuba y Venezuela no fue retórico ni circunstancial. Bolivia se integró de manera activa al eje político impulsado por Hugo Chávez y Fidel Castro, aportando algo que otros no tenían: legitimidad democrática de origen.

Ese fue su verdadero valor estratégico. Mientras Venezuela avanzaba hacia el autoritarismo abierto, Bolivia ofrecía la imagen de un proceso nacido de las urnas, capaz de justificar —en nombre del pueblo— la concentración de poder, la subordinación de la justicia y la neutralización de los contrapesos. Lo que parecía un caso inofensivo se convirtió en un modelo exportable.

ANTES DE CHILE, ANTES DE COLOMBIA

Hoy se analizan con detalle el estallido chileno de 2019 o los conflictos colombianos de 2020. Se los presenta como crisis inéditas de representación y legitimidad. Sin embargo, Bolivia atravesó una secuencia muy similar en 2003, con una diferencia decisiva: allí el conflicto no se agotó en la protesta. Fue canalizado hacia la construcción de un nuevo orden político.

Por eso Bolivia importa. No como excepción, sino como precedente. Fue uno de los primeros países donde se probó que la democracia puede ser utilizada para desmontarse a sí misma, sin golpes, sin juntas militares y sin rupturas abruptas.

Veinte años después, la trayectoria de Evo Morales ya no puede leerse como una anécdota local ni como un simple error de cálculo. Fue una señal temprana de un fenómeno regional más amplio. Y como suele ocurrir en política, lo más peligroso no fue lo que parecía radical, sino lo que parecía inofensivo.

